

todos los países que la forman, viene á mi memoria el recuerdo del último congreso postal.

Y aún me parece estar viendo la divina Roma; la ciudad justamente calificada de eterna, porque su civilización, al parecer indestructible y de la que ha nacido toda la civilización occidental, ha resistido con igual fuerza el ataque de los siglos que el ataque de los hombres. Grande en los días del paganismo, cuando sus victoriosos guerreros llevaban su civilización hasta los confines del mundo conocido y sembraban los gérmenes de donde más tarde habían de brotar las nacionalidades modernas, que aún hoy se precian de su origen latino; grande en la Edad Media y más grande aún en el Renacimiento, cuando constelada de sabios y de artistas, despertaba á la Europa de entonces para la vida de la civilización; y grande en la época contemporánea, á la cabeza de un grupo de pueblos que, divididos muchos años por odios seculares, acabaron por unirse formando una vigorosa nacionalidad.

Aún recuerdo con placer el acto solemne de la inauguración del Congreso Postal en el histórico palacio del Capitolio, en la sala de los Horacios y los Curacios, presidido por el Rey y la Reina de Italia, acompañados por su brillante séquito, todo en medio de esa suntuosidad y ese lujo propios de las monarquías, que nuestra sencillez republicana desconoce; pero que atrae á los que amamos la belleza y séluce, principalmente, por la novedad del espectáculo, la imaginación no exenta de cierto espíritu infantil, propenso á la admiración, que en muchos hombres persevera no sólo en la edad madura, sino aún en las fronteras mismas del sepulcro.

Y después nuestras deliberaciones en el Palacio Colonna, verdadero joyel de exquisitas obras de arte, mansión señorial que perpetúa el recuerdo de eclesiásticos y guerreros ilustres y, sobre todo, el de aquella grande artista, aquella sublime naturaleza femenina que tuvo la gloria de haber inspi-

rado á Miguel Ángel; la noble Marquesa de Pescara, la divina Victoria Colonna.

Allí estaban representados todos los pueblos de la Tierra, clasificados por entidades postales y no por entidades políticas, pues la inmensa Rusia y nuestro colosal vecino y amigo del Norte representaban un voto cada uno, lo mismo que los pequeños Estados de Panamá, Montenegro y Luxemburgo. Los países cuyo origen legendario se pierde en la obscuridad de los siglos permaneciendo hasta ahora desconocido para la historia y en cuyo territorio debe haberse nacido la cuna de la Humanidad; lo mismo que los países que entraron ayer á la vida de la civilización, tan nuevos que la generación actual ha visto poner los cimientos de sus grandes ciudades. Los países orientales, tan respetuosos á la tradición y á las costumbres de sus mayores, que los delegados chinos concurrían á las sesiones con sus vistosos y pintorescos trajes, y los persas con sus originales tocados que traen á la imaginación los cuentos que escuchamos con deleite en nuestra infancia; lo mismo que los países donde la civilización occidental es más refinada. Los países poderosos, cuyas escuadras recorren todos los mares, cuyas banderas ondean en todas las latitudes y cuyo poderío es la razón suprema en los conflictos internacionales; y los países pequeños y humildes, que, incapaces de conquistar la gloria por medio de las armas, la conquistan por la bondad de sus instituciones y la virtud y la cultura de sus hijos.

Y en medio de aquella variedad de razas y de idiomas que nos obligaba á aceptar uno solo para poder entendernos, complacía sobre manera ver el espíritu de cordialidad que guiaba nuestras deliberaciones, pues nuestro principal deseo era conciliar los intereses patrios con los intereses universales.

Al ver reunidos así á los representantes de todos los pueblos de la Tierra, trabajando unidos en favor de una noble causa, llevando cada cual el contingente de su buena voluntad, su benevolencia con los demás y su